

del Sr. Devoise y en su esposa encontré la hospitalidad
mas generosa y la sociedad mas amable: seis semanas es-
tuve en el seno de su familia, y en su casa gocé, en fin,
de un reposo de que tenia gran necesidad. Acercábase el
Carnaval, y no se pensaba mas que en divertirse, á des-
pecho de los moros. Las cenizas de Dido y las ruinas de
Cartago oian el sonido de un violin francés, y nadie se
acordaba de Escipion ni de Annibal, de Mario ni de Caton
de Utica, á quien se hubiera hecho beber (porque le gusta-
ba el vino) si hubiese tenido la humorada de presentarse
á dar una fraterna á la reunion. Solo San Luis hubiera
sido respetado por su cualidad de francés; pero el grande y
buen rey no hubiera llevado á mal que sus vasallos se di-
virtiesen en el mismo sitio en donde él padeció tanto.



SESTA Y ULTIMA PARTE.

VIAJE Á TÚNEZ Y VUELTA Á FRANCIA.

En Mr. Devoise y en su esposa encontré la hospitalidad
mas generosa y la sociedad mas amable: seis semanas es-
tuve en el seno de su familia, y en su casa gocé, en fin,
de un reposo de que tenia gran necesidad. Acercábase el
Carnaval, y no se pensaba mas que en divertirse, á des-
pecho de los moros. Las cenizas de Dido y las ruinas de
Cartago oian el sonido de un violin francés, y nadie se
acordaba de Escipion ni de Annibal, de Mario ni de Caton
de Utica, á quien se hubiera hecho beber (porque le gusta-
ba el vino) si hubiese tenido la humorada de presentarse
á dar una fraterna á la reunion. Solo San Luis hubiera
sido respetado por su cualidad de francés; pero el grande y
buen rey no hubiera llevado á mal que sus vasallos se di-
virtiesen en el mismo sitio en donde él padeció tanto.

El carácter nacional no puede desmentirse. Nuestros marineros suelen decir que en las nuevas colonias los españoles empiezan edificando una iglesia, los ingleses una taberna y los franceses un fuerte; á lo que yo añado y un salon de baile. Hallándome en América, en la frontera del país de los salvajes, me dijeron que en la primera jornada encontraría un compatriota. Llegado al país de los Cayougas, tribu que formaba parte de la nacion de los iroqueses, me condujo mi guía á una selva, en medio de la cual se veía una especie de granja, donde se encontraban hasta veinte salvajes de ambos sexos, pintorreados como unos brujos, medio desnudos, con las orejas recortadas, adornadas las cabezas con plumas de cuervo, y las narices con sortijas. Un francés bajito, rizado y empolvado á la antigua, con casaca de verde-manzana, chupa de droguete y puños y guirindola de muselina, rascaba un violín de faltriquera, y hacia bailar á aquellos iroqueses el *madelon friquet*. Mr. Violet (que este era su nombre) era maestro de baile de los salvajes, los cuales le pagaban sus lecciones en pieles de castor y pernils de oso; habia sido marmiton al servicio del general Rochambeau durante la guerra de América, y habiéndose quedado en Nueva-York despues de la partida de nuestro ejército, se resolvió á enseñar las bellas artes á los americanos. Con el buen éxito estendió mas adelante sus miras, y el nuevo Orfeo llevó la civilizacion hasta las hordas errantes del Nuevo-Mundo. Cuando me hablaba de los indios, me decia siempre: "Estos señores salvajes y estas señoras salvajesas." Estaba muy satisfecho de la agilidad de sus discípulos; y con efecto, yo no he visto jamás dar tales brincos. Mr. Violet, colocando su pequeño violín entre la barba y el pecho, templaba el instrumento fatal, y decia en iroqués: *¡En baile!* á cuya

voz toda la compañía se ponía á saltar como una bandada de demonios. Ese es el génio de los pueblos.

Bailamos, pues, tambien sobre las ruinas de Cartago. El método de vida que observé mientras permanecí en Túnez fué absolutamente igual al que observé en Francia; y por lo mismo no seguiré puntualmente las fechas de mi diario, sino que trataré las materias de un modo general, y segun el orden en que se presenten á mi memoria las especies. Mas antes de hablar de Cartago y de sus ruinas, debo nombrar algunas personas á quienes traté en Berbería. Además del cónsul de Francia, veía con frecuencia á Mr. Lessing, cónsul de Holanda, á su cuñado monsieur Humberg, ingeniero holandés, que mandaba en la Goleta, y con el cual visité las ruinas de Cartago, quedando muy complacido de su fina atencion. Allí encontré tambien á Mr. Lear, cónsul de los Estados-Unidos. En otro tiempo fuí yo recomendado en América al general Washington; y Mr. Lear, que habia desempeñado un destino al lado de aquel grande hombre, en memoria de su ilustre patrono, tuvo la complacencia de proporcionarme el pasaje en una goleta de los Estados-Unidos, cuyo buque me dejó en España, como diré al fin de este Itinerario. En fin, mientras permanecí en Túnez, tanto en la ciudad como en la legacion, ví muchos jóvenes franceses, á quienes mi nombre no era enteramente desconocido. No debo olvidar los restos de la interesante familia de Mr. Adanson.

Si la multitud de las relaciones fatiga al escritor que quiere hablar hoy del Egipto y de la Judea, la falta de documentos le presenta un inconveniente enteramente opuesto cuando se trata de las antigüedades de Africa. Y no es porque no haya algunos viajes á Berbería: yo conozco dos docenas de relaciones de los reinos de Marruecos, Argel y Túnez;

mas estas relaciones no bastan. Entre los viajes antiguos debe distinguirse la *Africa ilustrada* de Grammaye, y la sábia obra de Mr. Shaw. Las misiones de los padres de la Trinidad y de la Merced solo contienen milagros de caridad, y no hablan ni pueden hablar de romanos y cartagineses; y las Memorias impresas á continuacion de los viajes de Pablo Lúcas, no son otra cosa que la relacion de una guerra civil de Túnez. Shaw hubiera podido llenar todos estos vacíos si hubiera estendido sus investigaciones á la historia; pero desgraciadamente solo atiende á la geografía y apenas toca de paso las antigüedades: Cartago, por ejemplo, no ocupa en sus observaciones mas espacio que Túnez. Entre los viajeros enteramente modernos, Ladi Montagne, el abate Poiret y Mr. Desfontaines dicen algunas palabras de Cartago, pero sin detenerse. En 1806, el mismo año de mi viaje, se publicó en Milan una obra con este título: *Ragguaglio di alcuni Monumenti di Antichità ed Arti, raccolti negli ultimi Viaggi d'un dilettante*.¹

Yo creo que en este libro se habla de Cartago; pero llegó á mi noticia sobrado tarde para poderle hacer venir de Italia. Puede decirse, pues, que el objeto de que voy á tratar es nuevo: yo abriré la marcha, y otros mas diestros vendrán en pos de mí.

Antes de hablar de Cartago, que es aquí el único objeto interesante, conviene desembarazarnos de lo relativo á Túnez. Esta ciudad conserva en corta diferencia su nombre antiguo: los griegos y latinos la llamaban *Túnes*, y Diodoro la da el epíteto de *Blanca*, porque está edificada sobre una colina gredosa: se halla á doce millas de las ruinas de Cartago, y casi á la orilla de un lago de agua salada, que

¹ Véase el prólogo de la tercera edicion.

comunica con el mar por medio de un canal llamado *la Goleta*, que se halla defendido por un fuerte. Los buques mercantes fondean delante de este fuerte, en donde se abrigan detrás del muelle de la Goleta, pagando un considerable derecho de anclaje.

El lago de Túnez podía servir de puerto á las flotas de los antiguos; mas en el dia apenas puede atravesarle sin encallar una de nuestras barcas; y es preciso tener gran cuidado en seguir el canal principal, indicado por unas estacas plantadas en el fondo. Abulfeda marca en este lago una isla que sirve ahora de lazareto. Los viajeros han hablado de los flamencos ó fenicopteros que animan esta gran laguna, que por otra parte es muy triste. Cuando aquellas hermosas aves vuelan contra el sol, con el cuello tendido y las patas prolongadas hácia atrás, parecen unas flechas empenadas con plumas de color de rosa. Para llegar á Túnez desde las orillas del lago, es necesario atravesar un terreno que sirve de paseo á los francos. La ciudad está circuida de murallas, y podrá tener una legua de circunferencia, comprendiendo el arrabal esterior de Bled-el-Had-rah. Las casas son bajas, las calles angostas, las tiendas pobres, las mezquitas miserables. El pueblo, que sale poco, tiene un no sé qué de hurraño y salvaje. A las puertas de la ciudad se encuentra lo que llaman *siddi ó santos*: estos son negros y negras, enteramente desnudos, devorados por los insectos, que se revuelcan en su inmundicia, y comen con insolencia el pan de la caridad. Estas inmundas criaturas están bajo la protección inmediata de Mahoma. Algunos tratantes europeos, turcos avecindados en Esmirna, moros degenerados, renegados y cautivos, componen el resto de la poblacion.

La campiña de las cercanías de Túnez es deliciosa, y

presenta grandes llanuras sembradas de trigo y rodeadas de colinas plantadas de olivos y algarrobas. Un acueducto moderno cruza con muy buen efecto un valle que se halla á espaldas de la ciudad, en medio del cual tiene el rey su casa de campo. Desde Túnez se descubren al Mediodía las colinas de que acabo de hablar, y se ven al Oriente los montes de Mamelife; montes singularmente recortados, de estraña figura, y al pié de los cuales se encuentran las aguas termales que conocieron los antiguos. Al Oeste y al Norte se ve el mar, el puerto de la Goleta y las ruinas de Cartago.

Los tunecies son, sin embargo, menos crueles y mas civilizados que los pueblos de Argel, y ellos fueron los que dieron hospitalidad á los moros de Andalucía, que habitan el pueblo de Tub-Urbo, á seis leguas de Túnez, sobre el Me-Jerdah.¹ El bey actual era un hombre muy despejado, que trata de libertarse de la dependencia de Argel, á la cual está Túnez sometida desde la conquista que hicieron los argelinos en 1757. Este príncipe habla italiano, tiene muy buena conversacion y conoce la política de Europa mejor que la mayor parte de los orientales. Por lo demás, se sabe que Túnez fué atacada por San Luis en 1270, y tomada por Carlos V en 1535. Como la muerte de San Luis se enlaza con la historia de Cartago, háblase de ella en otra parte. En cuanto á Carlos V, derrotó al famoso Barbaroja y restableció en su trono al rey de Túnez, obligándole á pagar un tributo á la España. Sobre esta materia puede consultarse la obra de Robertson.² Carlos V

¹ El Bagrada de la antigüedad: á cuya orilla mató Régulo la famosa serpiente.

² Historia de Carlos V, libro V.

conservó el fuerte de la Goleta; pero los turcos le tomaron de nuevo en 1574.

Omito hablar ahora de la Túnez de los antiguos, porque la veremos figurar muy pronto en las guerras de Roma y Cartago.

En Túnez me regalaron un manuscrito que trata del estado actual de este reino, de su gobierno, de su comercio, rentas, ejército y caravanas. No he querido aprovecharme de este escrito, cuyo autor no conozco; pero cualquiera que sea, es justo que recoja el honor debido á su trabajo, y para ello incluiré su excelente *Memoria* al fin del *Itinerario*.¹ Pasemos ahora á las ruinas de Cartago. El año 883, antes de nuestra era, obligada Dido á huir de su tierra natal, vino á desembarcar en Africa. Cartago, fundada por la esposa de Siqueo, debió su origen á una de aquellas aventuras trágicas que marcan la cuna de los pueblos, y que son como el gérmen y el presagio de los males, frutos mas ó menos tardíos de toda sociedad humana. Conocido es el feliz anacronismo de la *Eneida*, porque es tal el privilegio del génio, que las desgracias poéticas de Dido han venido á formar parte de las glorias de Cartago. A la vista de las ruinas de aquella ciudad busca uno las llamas de la fúnebre hoguera; cree escuchar todavía las imprecaciones de una mujer abandonada, y admira aquellas poderosas ficciones que pueden ocupar la imaginacion en unos lugares llenos de los mas grandes recuerdos de la historia. Y á la verdad, cuando una reina moribunda llama en los muros de Cartago á las divinidades enemigas de Roma y los dioses vengadores de la hospitalidad; cuando Venus, sorda á las

¹ Esta Memoria merecia ciertamente llamar la atencion de los críticos; pero nadie lo ha echado de ver.

plegarias del amor, oye solo los consejos del odio, y rehusa á Dido un descendiente de Eneas, y le concede á Anibal; tales prodigios espresados en un lenguaje maravilloso, no pueden pasarse en silencio. La historia se coloca entonces entre las musas, y la ficcion adquiere el aspecto grave de la verdad.

Despues de la muerte de Dido adoptó la nueva colonia un gobierno cuyas leyes encomia Aristóteles. Unos poderes divididos con arte entre los dos primeros magistrados, los nobles y el pueblo, presentaron el fenómeno de subsistir sin destruirse por espacio de siete siglos, en cuyo tiempo apenas fueron conmovidos por sediciones populares y conspiraciones de los grandes. Como las guerras civiles, origen de los crímenes públicos, son, sin embargo, madres de las virtudes particulares, la república ganó mas que perdió en estas borrascas; y si sus destinos sobre la tierra no fueron de tanta duracion como los de su rival, en Cartago al menos la libertad solo sucumbió con la patria.

Pero como las naciones mas libres son tambien las mas entregadas á las pasiones, antes de la primera guerra púnica encontramos á los cartagineses empeñados en guerras vergonzosas. Ellos esclavizaron á aquellos pueblos de la Bética, cuyo valor no alcanzó á salvar la virtud; se aliaron con Gerges, y perdieron una batalla contra Geion el mismo dia en que sucumbieron los lacedemonios en las Termópilas. Los hombres, á pesar de sus preocupaciones, aprecian tanto la nobleza de sentimientos, que al paso que nadie se acuerda de los ochenta mil cartagineses degollados en los campos de la Sicilia, todo el mundo se ocupa en los trescientos espartanos muertos por obedecer las santas leyes de su país. La santidad de la causa y no lo extraordinario de los medios, es lo que conduce á la verdadera ce-

lebridad, y el honor ha formado en todos tiempos la parte mas sólida de la gloria.

Despues de haber combatido uno tras otro á Agatocles en Africa y á Pirro en Sicilia, los cartagineses vinieron á las manos con la república romana. La causa de la primera guerra púnica fué muy leve; mas esta guerra llevó á Régulo á las puertas de Cartago.

No queriendo los romanos interrumpir el curso de las victorias de aquel grande hombre, ni enviar á ocupar su puesto á los cónsules Fulvio y Mr. Emilio, le mandaron que permaneciese en Africa en calidad de procónsul. Quejóse el de estos honores; escribió al senado y le suplicó con instancia que le quitase el mando del ejército; un negocio importante á los ojos de Régulo hacia necesaria su presencia en Italia. Tenia en Pupinio un campo de catorce fanegas, y habiendo muerto el arrendador, de aquella posesion, su criado se habia fugado, llevándose los bueyes y los aperos de labranza. Régulo representaba á los senadores, que si dicha heredad permanecia inculta, le seria imposible alimentar á su mujer y á sus hijos. En vista de esta esposicion, dispuso el senado que el campo de Régulo fuese cultivado á espensas de la república; que se tomase del tesoro público los fondos necesarios para reponer los objetos robados, y que los hijos y la mujer del procónsul fuesen alimentados durante su ausencia á espensas del pueblo romano. Poseido de una admiracion justa á vista de esta simplicidad, esclama Tito Livio: "¡Cuán preferible es la virtud á las riquezas! Estas pasan con los que las poseen, y la pobreza de Régulo es todavía un objeto de veneracion."

Marchando de victoria en victoria, no tardó Régulo en apoderarse de Túnez. La toma de esta ciudad llenó de

consternacion á los cartagineses, los cuales pidieron la paz al procónsul; mas este labrador romano acreditó que es mas fácil manejar el arado despues de haber alcanzado victorias, que dirigir con mano fuerte una brillante prosperidad; el verdadero hombre grande nace principalmente para brillar en la desgracia, y en los sucesos prósperos parece como extraviado y extraño á la fortuna. Régulo propuso á los enemigos unas condiciones tan duras, que aquellos se vieron forzados á continuar la guerra.

Durante estas negociaciones, el destino conducia al través de los mares á un hombre que habia de cambiar la marcha de los acontecimientos: un lacedemonio, llamado *Xantipo*, viene á retardar la caida de Cartago; ataca á los romanos al pié de las murallas de Túnez, destruye su ejército, hace prisionero á Régulo, vuelve á embarcarse y desaparece, sin dejar otro rastro en la historia.¹

Conducido Régulo á Cartago, sufrió un trato inhumano, con que le hicieron expiar los duros triunfos de su patria. Los que llenos de orgullo uncian á sus carros reyes destronados, mujeres y niños anegados en llanto, ¿podian esperar que se respetase á un ciudadano de Roma prisionero?

La fortuna volvió á ser favorable á los romanos. Cartago pidió segunda vez la paz y envió embajadores á Italia: acompañábase Régulo, á quien sus señores hicieron dar palabra de que si las negociaciones no llegaban á buen término, volveria á sufrir sus cadenas; con esto se esperaba que se interesaria con ahinco en favor de una paz que debia volverle su patria.

Llegado Régulo á las puertas de Roma, no quiso entrar

¹ Algunos autores acusan á los cartagineses de haberle hecho perecer por celos de su gloria; mas esto no está probado.

en la ciudad. Porque habia una ley antigua que prohibia á todo extranjero el introducir en el senado los embajadores de un pueblo enemigo; y Régulo, considerándose como enviado de los cartagineses, hizo revivir en esta ocasion aquella antigua costumbre. Los senadores, pues, se vieron precisados á reunirse fuera de la ciudad. Régulo les declaró que venia por orden de sus dueños á pedir al pueblo romano la paz ó el cange de los prisioneros.

Los embajadores de Cartago, despues de haber expuesto el objeto de su mision, se retiraron: queria Régulo seguirlos; pero los senadores le rogaron que se quedase á la deliberacion.

Estrechado á manifestar su dictámen, espuso con energía las razones que tenia Roma para continuar la guerra contra Cartago. Admirados los senadores de su firmeza, deseaban salvar á tan ilustre ciudadano, y el gran pontífice sostenia que se le podia relevar de los juramentos que habia prestado.

“Seguid mis consejos, dijo el ilustre prisionero con una voz que admiró al senado, y olvidaos de Régulo: yo no permanecería en Roma despues de haber sido el esclavo de Cartago, ni atraeria sobre vosotros la cólera de los dioses: he prometido á los enemigos que me pondria de nuevo en sus manos si desechábase la paz, y cumpliré mi juramento. No se engaña á Júpiter con vanas expiaciones; la sangre de los toros y de las ovejas no es capaz de borrar una perfidia, y tarde ó temprano nunca queda sin castigo el sacrilegio.

“No ignoro la suerte que me aguarda; mas un crimen mancillaria mi alma, y el dolor solo podrá lastimar mi cuerpo. Por otra parte, no hay mal alguno para el que sabe sobrellevarlo; porque si pasa de las fuerzas de la natu-